

EN LA DE 1920 DEBUTO CHICUELO

El nuevo matador hubo de enfrentarse a Gallito, Belmonte y Sánchez Mejías

Otras Ferias de Sevilla merecen, ahora que la de este año se va a celebrar, el recuerdo y la comparación. Saber cómo fueron las de ayer en estos tiempos en que más que de las faenas de los toreros se habla de los millones de pesetas que se manejan para organizarlas. En todo tiempo —tanto que casi se pierde en la Historia— la Feria taurina de Sevilla atrajo la afición del mundo.

Vámonos esta tarde al «chalet» que en la Alameda de Hércules posee Manuel Jiménez «Chicuelo», de sesenta y cinco años de edad, nacido en la calle del Betis, de Triana, esa típica y tantas veces cantada, cuyas casas se reflejan en las aguas del Guadalquivir.

Chicuelo, un torero que como ningún otro caló en lo más profundo de la «escuela sevillana», torero de gracia y de arte, de «duende», con el que impuso el lance de la «chicuelina», que tantos han querido imitar, sin llegar nunca a igualarlo. La salud del torero, hoy viudo —se casó en 1927 con Dora la Cordobesita— y padre de siete hijos, está mermada, pero su ánimo se levanta y su rostro sonrío cuando conoce mi intención de ahondar para que me cuente los rasgos más salientes de aquella Feria de Sevilla que él toreó por vez primera en 1920.

La alternativa de Chicuelo en la Maestranza, el día de San Miguel de 1919, constituyó un acontecimiento porque del preciosismo de su toro se hablaba en todas partes elogiosamente e incluso antes de verle actuar. La corrida de la Prensa de Madrid, celebrada un año después, sirvió para su confirmación en la capital de España, cuando ya había toreado por vez primera este mismo año en la Feria de Abril sevillana, que constaba de tres corridas: Santa Coloma, Rincón y Guadalest.

No era fácil la papeleta que tenía que resolver Chicuelo. En los carteles se anunciaba a Joselito, Belmonte, Varellito e Ignacio Sánchez Mejías, y eran toreros de apasionada controversia José y Juan, que se mantenían cada uno en su puesto tan férreos como si fueran las propias columnas de Hércules, que se alzan majestuosas en esta Alameda donde Chicuelo vive.

NUNCA TUVO APODERADO

Cuando hemos hecho cerco de nuestro tema y Chicuelo está en presencia de su hijo menor y fumando con-

EL ARTISTA, HOY. — Este es Manuel Jiménez, el Chicuelo de ayer, torero genuinamente representativo de la escuela sevillana. Un batín, un sillón, un cigarro y sesenta y cinco años de recuerdos. Eso queda.



tinuamente tabaco negro, le dejamos hablar:

—¿Cuánto cobró usted en las corridas de su primera Feria?

—Nunca lo supe. Yo, que no tuve apoderados, tal como ahora se entiende este cargo, iba dirigido por un tío mío, Eduardo Romero «Zocato». Pero recuerdo que en Madrid, en mi debut de novillero, dos tardes consecutivas, ante el revuelo que mi nombre había formado, me pagaron tres mil pesetas por tarde. Aquí, en la Feria, se cobraban unas seis mil pesetas por corrida.

—¿Qué toreros podían ser sus rivales en los ruedos?

—Yo toreaba con todos, pero con uno que quisieron emparejarme porque con rapidez se hacía famoso, fue con Granero, al que desgraciadamente un toro quitó la vida.

TOROS Y COSTUMBRES DE 1920

—¿Cómo eran los toros de aquellos tiempos?

—Sólo le diré que para las corridas de Sevilla y Madrid los miuras se preparaban el año antes y que todos los que se lidiaban tenían de cinco años para arriba.

—¿Qué costumbres tenían los toreros de su poca?

—Yo pasaba la temporada toreando y los inviernos en Salamanca. Mi única afición fue jugar al billar y, después, la cacería.

—¿Cuántas reapariciones hizo?

—No me retiré nunca. Lo anunciaron una vez en Barcelona, pero fue para comercializar la corrida en beneficio del empresario.

—¿Qué me dice de los empresarios de ahora?

—No me gusta el cariz que va tomando ese sistema de explotación colectiva de

plazas porque el torero cada vez se desenvuelve con menos libertad. En mis tiempos, en cada plaza de España había un empresario distinto. Pocas veces se firmaban contratos y bastaba la palabra, después de una corrida, para contraer compromiso para el año siguiente.

CHICUELO, EMPRESARIO

—¿Fue usted alguna vez empresario?

—Medio en broma y medio en serio lo fui en dos ocasiones, en Ecija y Antequera, unido a Marrocco y Manolo Belmonte. Recuerdo que llevamos a Juan, pagándole 25.000 pesetas, una cifra que indignaba a las gentes de tan elevada como parecía.

—¿Se fue contento de los toros?

—Nadie se va contento. Creo que los que lo dicen mienten.

—¿Cuáles fueron sus plazas preferidas?

—Granada y Málaga. No faltaba a sus Ferias un solo año. En Sevilla pasaba muy mal rato cada vez que me vestía de luces.

LA PEOR TARDE DE SU VIDA

—¿Dónde tuvo la peor tarde de su vida?

—Fueron muchas, pero la peor, en Madrid, en 1927. Se anunciaba una corrida de Nandín y me pusieron en el cartel pese a que me encontraba enfermo de ciática. Los toros eran muy grandes y la Empresa decidió poner barulderos para que los toreros pudieran aliviarse. Toreaban conmigo Luis Freg y Para-

das. El primer toro hirió grave a Freg. Yo maté ese toro y los dos míos, pero en el segundo me abroncaron grandemente. Tenía una fiebre enorme y me fui a la enfermería. Me quedaba por matar el otro toro de Freg, porque entonces el primer espada tenía que hacerlo con todos los toros de sus compañeros cuando ocurrían percances. El doctor Segovia, a quien le expuse mi situación, se limitó a firmar un parte redactado en estos términos: «...ingresa el diestro Chicuelo, que dice estar enfermo». Esto motivó que por orden del Ministro de la Gobernación me llevaran a la Cárcel Modelo vestido de torero, donde permanecí hasta cerca de las doce de la noche.

VISION DEL TOREO ACTUAL

—¿Qué podría decirnos del momento presente del toro?

—Creo peligroso encarar la Fiesta, pero en ello están empeñados todos y esto puede ser fatal. Por parte del público, que llena las plazas, el momento es de lo mejor, pero hay que cuidarlo para que ciertos egoísmos no lo hundan.

—¿Dónde radica la belleza de la Fiesta?

—En el arte del torero y en la bravura del toro; pero la limitación a que son sometidas las ganaderías hace que el toro cada día tenga menos libertad; lo crían como si fuese un animal doméstico y por esa causa está perdiendo fiereza. Es un problema vital...

Chicuelo está animadísimo.



NOSTALGIAS.—En este chalet de la Alameda de Hércules vive Chicuelo entre recuerdos de ayer, como esas fotos de la alternativa en la Feria de San Miguel de 1919.

UNA NUEVA «TAUROMAQUIA» PICTORICA

En la de 1920 debutó Chicuelo

El nuevo matador hubo de enfrentarse a Gallito, Belmonte y Sánchez Mejías

Lo principal lo es el toro, que está perdiendo su fiereza porque hoy lo crían como si fuera un animal doméstico

"Mi peor tarde, aquella en que de la plaza de Madrid, vestido de luces, fui llevado a la Cárcel Modelo"

"El problema de los subalternos tiene fácil solución: que les paguen las Empresas"

mo en su conversación. Esta charla, que ya dura más de una hora, le ha traído a su semblante una cierta alegría, como un breve olvido de esos achaques de los que al principio hacía mención. Enciende otro cigarrillo y se queda como esperando más preguntas.

EL PROBLEMA DE LOS SUBALTERNOS

—¿Tiene usted alguna forma de arreglar el problema de los subalternos?

—Sí. Que les paguen las Empresas. De ese modo no sería una carga para los toreros modestos, esos que cobran poco y a los que a la hora de echar cuentas siempre les falta dinero. Por lo que respecta a las grandes figuras, veo muy bien lo que ha declarado Ordóñez de interesarlos en los beneficios.

Y termino. Chicuelo me dice que su enfermedad le impide ir a todas las corridas; que la última que vio fue la que el pasado año toreó Curro Romero como único espada y algunas novilladas, como la que ofrecieron Segura, Riverita y Paquirri. Como puede verse, Chicuelo sigue siendo hoy un aficionado al arte. Ayer, un torero de arte. Ya en pie, le pido un cartel para esta Feria, y ajeno al ajeteo del mundillo taurino, me dice:

—Ordóñez, Curro Romero y Camino.

En la Alameda de Hércules hay a las diez de la noche un silencio sepulcral. De aquellos tiempos en que estos barrios eran lugares de vida continua, turbulenta y azarosa, no queda nada. Sobre uno de los Hércules duermen varias palomas que la luna deja ver.

Julio MONTÉS



EL PINTOR Y SU OBRA.—Un pintor sevillano, Enrique Marín, ha expuesto en París cuadros de toros, con tanto éxito que El Louvre adquirió uno de ellos. Veamos al pintor que quiso ser torero y parte de su obra.

Ha sido realizada en París por el artista sevillano, Enrique Marín

Uno de los trabajos, «Perros al toro», ha sido adquirido por el Museo del Louvre

«Pinto temas taurinos por que me encanta la Fiesta y porque alguna vez pensé ser torero», nos dice el artista

La Fiesta nacional ha tenido, de siempre, cálida expresión en la pintura sevillana. Han sido muchos los artistas nacidos a la buena sombra de la Giralda que han hecho de la corrida su principal motivo de inspiración. La cara y la cruz del festejo taurino ha sido captada, de manera sensible y prodigiosa, en multitud de lienzos, dibujos y grabados por infinidad de maestros y al respecto podíamos consignar una muy extensa lista de nombres y de obras.

El más joven artista de la nómina es, sin dudas, Enrique Marín, ya prestigiado en el mundo internacional del arte por una sugeridora y al mismo tiempo revolucionaria «tauromaquia» que está alcanzando extraordinario éxito fuera de nuestras fronteras.

Enrique Marín nació en las proximidades del sevillano barrio de los toreros —San Bernardo— el 15 de diciembre de 1935. Empezó a pintar muy joven, cursando estudios en la Escuela de Artes y Oficios de Sevilla primero y luego en la Escuela Nacional Superior de Bellas Artes de París, ciudad donde reside desde hace ocho años.

LA BELLEZA DEL TORO

Enrique Marín ha venido a Sevilla para llenarse el alma de la luz, del ambiente de la tierra. Y aquí trabajará unos días tomando apuntes para sus obras personalísimas, ya en alta cotización por los principales «marchantes» europeos. Le preguntamos:

—¿Consideras «pictórica» la Fiesta brava?

—¡Naturalmente! Es un festejo muy colorista al que se le pueden sacar extraordinarios matices artísticos. Prueba de ello es que han sido muchos los pintores y escultores que han trabajado sobre temas taurinos.

—¿Por qué los pintas tú?

—No sé, sinceramente, nunca me puse a pensarlo. Tal vez porque me gusta la Fiesta, porque el toro es un animal de ex-

traordinaria belleza... y, por supuesto, porque alguna vez como la mayoría de los niños sevillanos, soñé con ser torero.

—Cuéntame...

—El Matadero de Sevilla está muy cerca de mi barrio. Yo, cuando tenía 12 ó 14 años, pasaba todos los días cuatro veces por sus puertas al ir al colegio. Alguna vez salté la tapia para ver de cerca a los animales y guardo el mal recuerdo de un fuerte porrazo que me propinó un becerrete. Desistí de ser torero, pero quedé siempre cautivo de la Fiesta.

—¿Cómo nació tu «Tauromaquia»?

—Yo no pensé nunca en hacer una «Tauromaquia», entre otras cosas porque dos grandes artistas españoles lo habían hecho ya magistralmente: Goya y Picasso... Incluso, cuando alguien me sugería la idea de hacer algo sobre el tema taurino, me resistía porque pensaba siempre en las estampas trilladas para «recuerdos de turistas», tan habituales en España. Pero un día... una hoja de papel, un tintero de tinta china que se derrama y yo que empiezo a extender artísticamente el borrón hasta formar la figura de un toro... Este dibujo, que nació accidentalmente, me dio la idea de trabajar, a mi modo, sobre algunos temas taurinos. Dibujé varias figuras de toros, luego hice algún torero, un picador, un alguacil... Me encariñé con el tema y hoy tengo realizados unos 35 dibujos y unos 12 grabados que me han ido comprando para museos y colecciones particulares. De buenas a primeras, los periódicos han comenzado a hablar de mi «Tauromaquia» y los coleccionistas a pedirme obras de este tipo.

TRAGEDIA Y HUMOR DE LA FIESTA

Los grabados y los dibujos taurinos de Marín nos dan una originalísima versión, entre trágica y burlesca, de la Fiesta. Toros trágicos y retorcidos, toreros de rostros entre angustiados e irónicos, picadores con caras de luna llena, caballos hueros y desbaratados... Algunos de estos trabajos son propiedad del Gabinete de

Estampas de la Biblioteca Nacional de Francia y otros pueden verse en el Museo Municipal de Lima (Perú), en la colección Marks, de Nueva York, colección del actor Vincent Price, de Los Angeles; colección del Príncipe Gaetano di Ambrosio, en Italia, colección de Louis Merlin, director de la estación radio «Europa 1» y en la de Auguste Lafront, que con el nombre de «Paco Tolosa» tiene una serie de libros sobre toros y la mejor colección de estampas taurinas de Francia.

—En 1964 y con dos grabados taurinos, «Muerte del toro» y «Caída del caballo» —nos dice Marín— me otorgaron el Primer Premio de Grabado de la Escuela Nacional Superior de Bellas Artes de París. Y en 1965, la IV Biental de París me hizo la adquisición de la plancha «Perros al toro», que editó ante el público durante la Exposición. Esta plancha se conserva en la Calcografía del Museo del Louvre.

—¿Seguirás trabajando sobre el tema taurino?

—Sí, pero no de manera continua y ordenada. Ultimamente me han propuesto hacer un cartón con diez estampas taurinas, pero aún no he hecho nada. Tengo mucho trabajo sobre otros temas y además a mí me gusta pintar a capricho, según me sopla la inspiración y siempre sin un plan preconcebido. De todas formas, la corrida me atrae y la seguire pintando, sobre todo ahora que estoy en Sevilla.

—¿Vas mucho a los toros en Francia?

—Poco. Para ver toros tengo que ir al sur y puestos a viajar y ver toros, me vengo a España que es donde la corrida está en su salsa y donde la Fiesta se mete, de verdad, por los ojos para llegar al corazón.

Habló un joven artista que tiene un corazón grande, como una plaza de toros, y que sabe pintar la Fiesta brava como pocos y de manera impresionantemente original y valiosa.

Fausto BOTELLO